



Roca desmuda - Guaviare



## ASPECTOS HISTÓRICOS DE LA INVESTIGACIÓN EN LA AMAZONIA

Alexandre Humboldt

### INTRODUCCIÓN

En esta sección denominada Aspectos históricos de la investigación en la Amazonia colombiana, para el No. 5 de Colombia Amazónica se ha decidido publicar los capítulos XXIII y XXIV del libro *Del Orinoco al Amazonas* de Alexander von Humboldt, en los cuales se da cuenta del recorrido de este con Bonpland y el Padre Zea por el río Casiquiare. Este río, el Casiquiare, posee una singularidad que lo hace especial: une las cuencas de los ríos Orinoco y Amazonas, lo cual le otorga unas particularidades en cuanto a diversidad que son únicas.

Además este artículo se presenta como un abrebocas para el tema que acogió las Naciones Unidas para el 2013: Año Internacional de la Cooperación en la Esfera del Agua.

### RESUMEN

En estos capítulos del libro *Del Orinoco al Amazonas*, Humboldt explica la importancia de la cartografía fluvial y del uso de la correcta toponimia para entender lo intrincado de los afluentes del río Orinoco, cuya dificultad es mayor dado que los indígenas dan diversos nombres al mismo río.

El Capítulo XXIII inicia con la narración de Humboldt acerca de su travesía por el río Negro, que los conduce a él, a Bonpland y al padre Zea por las aguas de este río caracterizado por pasajes tan oscuros como su nombre tanto por el color de las aguas como por lo plomizo de su cielo. La llegada al Casiquiare, con sus aguas blancas trajo para los exploradores también cielos serenos, que les permitían guiarse por la estrella de la Cruz del Sur.



Describe Humboldt, en estos capítulos, los rasgos de los pueblos indígenas, sus costumbres alimenticias, su forma de vida y el trabajo de colecta de especies de fauna y flora, y los hallazgos de minerales realizados por él y sus acompañantes. Un viaje de importancia vital para el conocimiento de esta región que conecta a la Orinoquia con la Amazonia a través del bello y singular río Casiquiare.

### **Palabras clave**

Amazonia, Orinoquia, río Negro, río Casiquiare, exploradores, Humboldt, Bonpland

### **ABSTRACT**

In this chapters of this book “Del Orinoco al Amazonas”, Humboldt explains the importance of cartography fluvial and from use of the correct toponymy for understand what intricate of the tributaries of river Orinoco, whose difficulty is greater since indigenous give various names the same river.

The Chapter XXIII initiates with the narration of Humboldt about your voyage by the river Black, that the leads to him, to Bonpland and to father Zea by waters of this river characterized by passages as dark as his name both by the color of the waters as by what leaden of its sky. La arrival at Casiquiare, with its white waters brought for explorers also heavens serene, which allowed them guided by the star de la Cruz South.

Describes Humboldt, in these chapters, traits of indigenous peoples, their customs dietary, their way of life and work of collects of species of fauna and flora, and findings of minerals effected by it and their companions. A trip of importance for knowledge about this region that connects the Orinoquia with the Amazonia, through the beautiful and singular Casiquiare river.

### **Keywords**

Amazonia, Orinoquia, Negro river, Casiquiare river, explorers, Humboldt, Bonpland

## CAPÍTULO XXIII

### EL RÍO NEGRO. LA FRONTERA BRASILEÑA

Comparado con el Amazonas, el Plata y el Orinoco, el Río Negro no es sino una arteria fluvial de segundo orden. Pero su posesión ha venido teniendo desde hace siglos gran importancia política para el Gobierno español, porque constituye para un celoso vecino, Portugal, un camino de acceso a las misiones de La Guayana y a los límites meridionales de la *Capitanía General* de Caracas.

El Río Negro y el Japura son los dos afluentes del Amazonas, casi tan largos como el Danubio, y cuyo curso superior pertenece a los españoles, mientras que el inferior se halla en manos de los portugueses. Cuando me encontraba en el sector español del Río Negro, la desconfianza sistemática que, por causa de las políticas divergentes de las cortes de Lisboa y Madrid, alimentan los comandantes de los dos pequeños fuertes vecinos aun en los tiempos más pacíficos, era más ostensible que de ordinario.

Este recelo no ha dejado de influir en la circunstancia de que nuestro conocimiento geográfico de los afluentes del Amazonas siga siendo tan incompleto. Cuando una nación ocupa la desembocadura, y otra la cuenca superior de un río, es muy difícil para los cartógrafos obtener informaciones precisas. Las inundaciones periódicas, y, sobre todo, los portazos impuestos a las embarcaciones que pasan de un afluente a otro cuyas fuentes están próximas, inducen a confusión respecto a bifurcaciones y ramificaciones de los ríos, que en realidad no existen. Las diversas tribus indias que recorren este laberinto acuático dan a los ríos nombres diferentes, nombres que quedan desfigurados y alargados por terminaciones que significan «agua, gran río o corriente». ¡Cuántas veces me encontré en graves apuros, ante la necesidad de poner en claro la sinonimia de los ríos, al tener ante mí a los indios más inteligentes y preguntarles, valiéndome de un intérprete, por el número de afluentes, manantiales y lugares de acarreo! Como en una misma misión se hablan tres a más lenguas, resulta muy difícil compaginar todas las manifestaciones. En nuestros mapas figura una enorme cantidad de nombres, arbitrariamente abreviados o alterados. Para poner en claro la verdad hay que dejarse guiar por la situación geográfica de los ríos tributarios y, casi diría, por cierto sentido etimológico. Los cartográficos se resistían a dejar espacios en blanco en los mapas, al objeto de que parecieran más precisos, y de este modo inventaban ríos y les daban nombres sin saber si se trataba tan sólo de sinónimos. Hasta tiempos más recientes, los viajeros no han comprendido la importancia de una toponimia correcta.

Cuando, en las misiones de los andaquíes, se trató de averiguar el verdadero origen del Río Negro, no pudo obtener ningún resultado, por cuanto se ignoraba su nombre indio. En Javita, Maroa y San Carlos oí llamarlo *Guainía*. Southey, el erudito geógrafo del Brasil, dice categóricamente que los indígenas llaman al curso inferior del Río Negro *Guari* o *Curana*, y al superior, *Ueneya*. Es como *Gueneya* en vez de *Guainía*, pues los indios de estas regiones dicen, indistintamente, *Guanaracua* y *Uanaracua*, *Guarapo* y *Uarapo*.

Éste no es el lugar adecuado para tratar de las fuentes del Río Negro, acerca de las cuales los geógrafos están en desacuerdo desde hace mucho tiempo. Esta cuestión no es sólo importante por tratarse del origen de un río muy caudaloso, cosa que tiene siempre gran interés, sino que, además, está involucrada a otra serie de problemas: la supuesta bifurcación del Caquetá, los enlaces entre el Negro y el Orinoco, y el mito local de El Dorado, conocido antes con los nombres de *Enim* o el imperio del gran Paytiti. Si se estudian cuidadosamente los antiguos mapas de estos países y la historia de los errores geográficos, se comprueba que el mito de El Dorado se va corriendo gradualmente hacia el Oeste junto con las fuentes del Orinoco. Surgió en la vertiente oriental de los Andes y se fijó primero al sudoeste del Río Negro. Desde hace algunos años vengo realizando, a base de los mapas más antiguos y de un copioso material que ha recogido y que no se ha publicado, cuidadosas investigaciones relativas a la geografía de América Meridional al norte del Amazonas. Como deseo que mi obra conserve un carácter de trabajo científico, no puedo dejar de lado objetos sobre los que confío estar en condiciones de proyectar alguna luz, sobre todo en lo relativo a las fuentes de los ríos Negro y Orinoco, la unión de estos ríos con el Amazonas y el problema del «país del oro», que tanta sangre y tantas lágrimas ha costado a los moradores del Nuevo Mundo.

Como ya los geógrafos del siglo XVI habían llegado a la persuasión de que en Sudamérica existen bifurcaciones entre diversos sistemas fluviales que los hacen interdependientes, supusieron que los cinco grandes afluentes del Orinoco y del Amazonas —el Guaviare, el Inírida, el Río Negro, el Caquetá o Yapura y el Putumayo o Iça— estaban relacionados entre sí. Estas hipótesis, que en nuestros mapas se manifiestan de diversos modos, nacieron en parte en las misiones de las llanuras, y en parte en la cresta de las cordilleras andinas.

El imponente caudal del Río Negro llamó ya la atención de Orellana, en el 1539 lo vio en su punto de confluencia con el Amazonas. En 1638, Acuña oyó en aquel mismo lugar que una de sus ramas se hallaba en comunicación con otro gran río en cuyas orillas se habían establecido los holandeses. Esto demuestra el intenso y activo tráfico que debió de existir entonces entre los pueblos de aquellos territorios. Acuña no pensó que era el Orinoco el caudaloso río cuya desembocadura habían ocupado los holandeses.

No bien hubimos pasado del Pimichín al Río Negro, y llegado a la confluencia a través de la pequeña catarata, la misión de Maroa quedó a eso de 1 kilómetro por delante de nosotros. Este pueblecito, habitado por 150 indios, tiene un aspecto tan pulcro y próspero, que resulta verdaderamente simpático. Compramos en él hermosos ejemplares vivos de varias especies de tucán, aves en las cuales la «inteligencia» se desarrolla como en nuestros cuervos domésticos. Aguas abajo de Maroa llegamos, primero, a la confluencia del Aquio, y luego a la del Tomo, que dejamos atrás; a orillas de este último viven los indios cheruvichahenas, de los cuales he visto algunas familias en San Francisco Solano. También es interesante porque por él se efectúa tráfico clandestino con las posesiones portuguesas. El curso del Tomo está muy próximo al río Guacia, y por este camino llegan a veces a la misión de Tomo indios fugitivos del Río Negro.



Después de navegar dos horas desde la desembocadura del Tomo, nos encontramos en la pequeña misión de San Miguel de Davipe. El misionero, Padre Morillo, en cuya compañía pasamos dos o tres horas, nos recibió muy hospitalariamente, y nos obsequió con vino de Madeira. Como artículo de lujo habríamos preferido pan de trigo; a la larga, resulta más difícil privarse del pan que de las bebidas alcohólicas.

En Davipe compramos algunas vituallas, principalmente pollos y un cerdo. Esta adquisición fue de gran importancia para los indios, que llevaban ya muchos días sin comer carne. Nos apremiaron a que partiéramos, con objeto de llegar pronto a la Isla de Dapa, donde sacrificarían el cerdo y lo asarían aquella noche.

Un poco aguas arriba de la misión de Davipe, el Río Negro recibe un brazo del Casiquiare, fenómeno notable en la historia de las ramificaciones fluviales. Este brazo arranca del Casiquiare, al norte de Vasiva, con el nombre de *Itinivini*; corre en un trecho de 102 kilómetros con el de Conorichite, por una región completamente deshabitada, y se vierte luego en el Río Negro. En su desembocadura me pareció que tenía una anchura de más de 234 metros; aporta una considerable masa de aguas blancas a las negras.

El Conorichite desempeñó un importante papel en los tiempos en que los portugueses se dedicaban a la trata de esclavos en territorio español. Los negreros remontaban el Casiquiare y el Caño Mee, y penetraban en aquel río; desde allí transportaban por vía terrestre las piraguas a las Rochelas de Manuteso, y de este modo llegaban al Atabapo. Este comercio infamante duró hasta 1756. Los caribes, pueblo guerrero y comerciante, recibían de los portugueses y holandeses, cuchillos, anzuelos, espejitos y objetos de vidrio de todas clases. A cambio, azuzaban unos contra otros a los caciques indios, y provocaban guerras entre las tribus; les compraban los prisioneros y se apoderaban, por la astucia o por la fuerza, de cuanto encontraban en su camino. Aquellas incursiones de rapiña de los caribes se extendieron por una región inmensa.

Participamos de la desembocadura del Conorichite y la misión de Davipe y llegamos, a la hora del ocaso, a la Isla de Dapa, situada pintorescamente en medio del río. Con no poca extrañeza, encontramos en ella unas parcelas cultivadas y, en la cima de una pequeña colina, una choza india. Cuatro indígenas, sentados en torno a una hoguera de ramaje, comían una especie de pasta blanca moteada de negro, que excitó no poco nuestra curiosidad. Eran vachacos, unas grandes hormigas cuyo abdomen parecía una bola de grasa. Las secaban al fuego, las ahumaban y las ennegrecían. Varios sacos llenos de ellas colgaban del fuego.

Aquellas buenas gentes apenas nos hicieron caso, y, sin embargo, en la estrecha choza yacían desnudos, unos encima de otros, más de catorce seres humanos. Pero al presentarse el Padre Zea, fue acogido con grandes demostraciones de amistad. Dos mujeres jóvenes saltaron de las hamacas para prepararnos bollos de casave. A través de un intérprete les preguntamos si el suelo de la isla era fértil, y nos respondieron que la mandioca crecía mal, en cambio, era buena tierra de hormigas, que bastaba para su sustento. Efectivamente, aquellos vachacos sirven de alimento a los indios





del Río Negro. No las comen como golosina, sino porque la grasa —la parte blanca del abdomen— es muy nutritiva. Una vez tuvieron preparados los bollos de casave, el Padre Zea, en quien la fiebre más parecía estimular que debilitar el apetito, pidió un saquito de vachacos ahumados. Mezcló los insectos aplastados con harina de mandioca, y no cejó hasta que nos avinimos a probar aquel plato. Sabía poco más o menos a manteca rancia amasada con miga de pan. La mandioca no era ácida, pero nuestros prejuicios europeos estaban tan arraigados, que no pudimos ponernos de acuerdo con el buen misionero cuando calificó de excelente aquel pastel de hormigas.

Como llovía a cántaros, no tuvimos más remedio que pasar la noche en la abarrotada choza. Los indios durmieron sólo desde las ocho a las dos; el resto del tiempo se lo pasaron charlando en sus hamacas, preparando se amarga poción que es la cumana, atizando el fuego y quejándose de frío, pese a que la temperatura del aire era de 21 grados. Esta costumbre de estar en vela, e incluso de levantarse cuatro o cinco horas antes de salir el Sol, es general entre los indios Guayana.

Abandonamos la Isla de Dapa, antes del alba, y, pese a la fuerte corriente y a la diligencia de los remeros, tardamos doce horas en llegar al fuerte de San Carlos, del Río Negro.

Allí nos acogió el comandante de la plaza, un teniente de milicias. El río fluye en línea recta de Norte a Sur, como si el hombre hubiese excavado su lecho. El cielo, constantemente cubierto, da a estos paisajes un carácter grave y tenebroso. Encontramos en el fuerte algunas juvias, planta majestuosa que da las almendras triangulares llamadas en Europa *nueces del Amazonas*. Nosotros la catalogamos con el nombre de *Bertholletia excelsa*. Los árboles alcanzan 10 metros en ocho años.

De los afluentes que vierten por el Norte en el Río Negro, nos interesan principalmente tres, por aparecer siempre —debido a sus ramificaciones, a sus portazos y al desplazamiento de sus fuentes— en el debate relativo a los orígenes del Orinoco. De estos tributarios, los situados más al Sur son el Río Branco y el Padaviri, comunicados por un portazo con el Mavaca y, en consecuencia, con el Alto Orinoco, al este de la misión de Esmeralda. Tendremos oportunidad de tratar de los ríos Branco y Padaviri cuando lleguemos a la misión últimamente nombrada; aquí vamos a limitarnos al tercer afluente del Río Negro, el Cababuri, cuyos contactos con el Casiquiare son tan importantes desde el punto de vista hidrográfico como del comercio de zarzaparrilla. De las altas cadenas del Paríma, que se extienden por la orilla Norte del Orinoco en su curso superior aguas arriba de Esmeralda, arranca una estribación hacia el Sur, de la cual, el cerro de Unturán es una de las cumbres más elevadas. Esta comarca montañosa no es muy extensa, pero sí rica en productos vegetales, principalmente bejucos mavacure, empleados para la preparación del curare, almendros (*juvia o Bertholletia excelsa*), pechery aromático y cacao silvestre, y forma de divisoria de aguas entre los ríos tributarios del Orinoco, el Casiquiare y el Río Negro. Hacia el Norte, o sea, hacia el Orinoco, fluyen el Mavaca y el Daracapo; hacia el Oeste —al Casiquiare—, el Idapa y el Pacimoni, y hasta el Sur —Río Negro—, el Padaviri y el Cababuri.

En las tierras de los indios del Río Negro encontramos varias de esas piedras verdes conocidas con el nombre de *piedras de las amazonas*, porque los nativos sostienen, basándose en una vieja



leyenda, que proceden del país de las «mujeres sin hombres». La superstición atribuye gran importancia a estas piedras, que se llevan como amuleto colgadas del cuello, pues protegen, según las mismas ideas supersticiosas, contra las enfermedades nerviosas, las fiebres y las mordeduras de serpientes venenosas. Por eso hace ya siglos que son un artículo de comercio para los indígenas del norte y del sur del Orinoco. Los caribes las dieron a conocer en la costa de Guayana. Hace pocos años, estas piedras verdes se consideraban en la civilizada Europa como un eficaz febrífugo; así, pues, si tanto se cuenta con la credulidad de los europeos, nada tiene de extraño que los colonos españoles las tengan en tanta estima como los mismos indios, y que se vendan a tan elevados precios. Generalmente se les da la forma de cilindros agujerados en el sentido longitudinal, recubiertos de inscripciones y figuras. Pero no son los indios de hoy quienes han perforado esos cuerpos tan duros y tallado en ellos figuras de animales y frutos. Estos trabajos, lo mismo que las esmeraldas perforadas y talladas procedentes de las cordilleras de Nueva Granada y Quito, hablan de una cultura anterior. Los actuales habitantes de estos territorios, principalmente los de la zona tórrida, ignoran hasta tal punto lo que es el arte de tallar piedras duras, que creen que la «piedra verde» sale del suelo blanda y no se endurece hasta después de haber sido trabajada.

Pasamos tres noches en San Carlos del Río Negro, y cuento las noches porque las pasé casi en vela, con la esperanza de poder observar el paso de una estrella por el meridiano. ¡Qué contraste entre dos sectores de la misma zona! Allí el cielo de Cumaná, eternamente sereno; aquí el del Río Negro, densamente nublado, sin Sol, Luna ni estrellas. Abandoné el lugar con gran disgusto, por no haberme ofrecido ninguna perspectiva de efectuar en sus cercanías una buena observación de la latitud geográfica.



## CÁPITULO XXIV

### EL CASIQUIARE. BIFURCACIÓN DEL ORINOCO.

*10 de mayo.* Habían cargado la piragua durante la noche y embarcamos un poco antes de la salida del Sol, dispuestos a remontar el Río Negro hasta la confluencia con el Casiquiare, y a estudiar el verdadero curso de esta arteria fluvial que une el Orinoco con el Amazonas. La mañana era hermosa, pero al aumentar el calor el cielo empezó a nublarse. En estas selvas, la atmósfera se halla tan saturada de humedad, que por poco que se intensifique la evaporación en la superficie del suelo, las burbujitas de vapor se hacen invisibles. Como casi no sopla nunca el viento del Este, un aire más seco no viene a sustituir las capas húmedas. Aquel cielo cubierto nos molestaba cada día más. La excesiva humedad estropeaba las plantas de Bonpland, y yo temía encontrar también en la cuenca del Casiquiare el tiempo gris del Río Negro. Desde hacía medio siglo, nadie en las misiones dudaba de que aquí se comunican dos grandes sistemas fluviales; así, pues, la finalidad principal de nuestro viaje por el río era establecer, por medio de observaciones astronómicas, el curso del Casiquiare, especialmente el punto donde se vierte en el Río Negro y aquel donde se bifurca el Orinoco. No siendo visibles ni el Sol ni las estrellas, sería imposible lograr nuestro objetivo, y habrían sido inútiles todas nuestras prolongadas y duras fatigas. Nuestros compañeros de viaje hubieran preferido regresar por el camino más corto, o sea, el del Pimichín y los ríos pequeños, pero Bonpland y yo insistimos en seguir el itinerario que habíamos trazado y que cruzaba las cataratas. Desde San Fernando de Apure hasta San Carlos habíamos recorrido ya 810 kilómetros. Si regresábamos por el Casiquiare al Orinoco, nos quedaban otros 1440 kilómetros hasta Angosturas. Habría sido afrentoso para nosotros desanimarnos por el enfado que nos causaba el cielo nublado o el miedo a los mosquitos del Casiquiare. Nuestro piloto indio nos prometió que volveríamos a tener Sol y a ver «las grandes estrellas que se comen las nubes» en cuanto dejásemos detrás de nosotros el Río Negro. Así resolvimos poner en práctica el primer proyecto: volver por el Casiquiare a San Fernando de Atabapo; y, afortunadamente para nuestros trabajos, se cumplió la profecía del indio. Las aguas blancas nos trajeron de nuevo, poco a poco, el cielo sereno, las estrellas, los mosquitos y los caimanes.

Los indios que encontramos en San Francisco Solano pertenecían a dos pueblos indígenas distintos: los pacimoniales y los cheruvichahecas. Como este último es miembro de una prestigiosa tribu que tiene su morada en el río Tomo, cerca de las Manivas del Río Negro Superior, traté de averiguar por ellos cómo era este curso alto y dónde se hallaban las fuentes del río; pero mi intérprete no logró hacerles comprender el verdadero sentido de mis preguntas. Se limitaron a repetir una y otra vez que las fuentes del Río Negro y del Inírida se hallaban tan juntas «como los dedos de la mano». En una de las chozas de los pacimoniales compramos dos grande y hermosas aves: un tucán, semejante al *Ramphastos erythrorhynchus*, y un ana, especie de ara, de 45 centímetros de longitud, de plumaje púrpura, como el del *Psittacus macao*. Llevábamos ya en la piragua siete papagayos, dos hocos, un motmot, dos guans o pavas de monte, dos manaviri (*Cercoleptes* o *Viverra caudivoluta*) y ocho monos. Al padre Zea no le hacía mucha gracia —aunque se lo guardaba para sus adentros— ver cómo nuestra colección zoológica aumentaba de día a día. Por su modo de vida y sus condiciones «psíquicas», el tucán se parece al cuervo; es un animal valiente y fácil de do-



mestizar. Su largo pico le sirve de arma defensiva. Se convierte en el amo de la casa; roba lo que puede alcanzar, se baña a menudo y gusta de pescar a orillas del río. El ejemplar que habíamos comprado era muy joven, pese a lo cual, durante todo el viaje estuvo molestando, con delectación maligna, a los melancólicos e irritables monos. Cuando quiere beber, esta ave hace gestos muy raros; los frailes dicen que traza la señal de la cruz sobre el agua, y por esta creencia popular los criollos han bautizado al tucán con el nombre singular de *Diostedé*.

La mayoría de nuestros animales iban encerrados en pequeñas jaulas de madera, pero algunos corrían en libertad por la lancha. Cuando amenazaba lluvia, los ara armaban un terrible griterío, el tucán se empeñaba en volar a la orilla a pescar, y los monos titis corrían a refugiarse en las amplias mangas del Padre Zea. Estos espectáculos eran bastante frecuentes, y nos hacían olvidar la plaga de los mosquitos. Por la noche, en el campamento, se montaban una especie de caja de cuero que contenía las provisiones; al lado se colocaban los instrumentos y las jaulas con los animales; alrededor se colgaban nuestras hamacas, y algo más lejos, las de los indios. El extremo límite lo formaba el fuego, que se encendía para ahuyentar a los jaguares. Así se organizaba nuestro campamento a orillas del Casiquiare.



Río Casiquiare-Piedra del Cocuy, Nicolás Castaño

**11 de mayo.** Partimos bastante tarde de la misión de san Francisco solano, porque nos proponíamos hacer aquel día una breve jornada. La capa de niebla baja empezó a disgregarse en nubes bien delimitadas, y en las altas regiones de la atmósfera sopló un leve viento del Este. Estas señales indicaban un próximo cambio de tiempo, y no queríamos alejarnos mucho de la desembocadura del Casiquiare, esperando que la noche siguiente podríamos observar el paso de una estrella por el meridiano.

Un adorno de la orilla del Casiquiare es la palmera chiriva, de hojas pinnadas, plateadas en la cara inferior. Por lo demás, en el bosque sólo hay árboles de hojas grandes, correosas, brillantes y no dentadas. Este carácter peculiar lo debe la vegetación de los ríos Negro, Tuamini y Casiquiare al hecho de que en las proximidades del ecuador predominan las familias de las gutíferas, sapotáceas y lauráceas. Como el cielo sereno auguraba una hermosa noche, ya a las cinco de la tarde montamos el campamento en la Piedra de Culimacari, una roca granítica aislada. Durante la noche del **10 al 11 de mayo** pude determinar bien la latitud por la estrella de la Cruz del Sur, y la longitud, cronométricamente aunque no con tanta precisión, por las dos hermosas estrellas del pie del Centauro. Con esta observación, lo bastante exacta para objetivos geográficos, quedó establecida la situación de la desembocadura del río Pacimoni, del fuerte de San Carlos y de la confluencia del Casiquiare con el Río Negro.

**12 de mayo.** Contentos con el éxito de nuestras observaciones, partimos de Piedra Culimacari a la una y media de la noche. La plaga de mosquitos a que estábamos ya sometidos se intensificaba a media que nos íbamos alejando del Río Negro. En el valle del Casiquiare no hay zancudos (*Culex*), pero los insectos del género *Simulium* y todos los demás de la familia de los *tipúlidos* son tanto más numerosos y ponzoñosos. Como antes de llegar a la misión de Esmeralda teníamos que pasar aún ocho noches al raso en aquel clima húmedo e insalubre, nuestro piloto se mostró satisfecho de poder organizar el viaje contando con la hospitalidad del misionero de Mandavaca y hallar refugio en el pueblo de Vasiva. A duras penas avanzábamos contra corriente, que era de unos 15 kilómetros por hora. Nuestro campamento estaba aproximadamente a 3 kilómetros en línea recta de la misión, y, pese a que los remeros se mostraban muy activos, necesitamos catorce horas para cubrir aquel breve trecho.

Antes de llegar a la misión de Mandavaca tuvimos que salvar varios rápidos violentos. El pueblo, que lleva también el nombre se *Quirabuena*, cuenta sólo 60 habitantes. La mayoría de estas colonias cristianas se encuentran en un estado tan deplorable, que a lo largo del Casiquiare, en un trayecto de 225 kilómetros, apenas viven 200 personas. Las orillas del río estaban más pobladas antes de la llegada de los misioneros. Los indios se retiraron a la selva en dirección Este, pues las llanuras del Oeste están casi desiertas. Los indígenas viven durante una parte del año de las ya citadas grandes hormigas. En Mandavaca encontramos a un buen misionero, un hombre ya viejo, que «había pasado sus veinte años de mosquitos en los bosques del Casiquiare» y tenía las piernas tan ennegrecidas por las picaduras de los insectos, que a duras penas se veía que eran de piel blanca. Nos habló de su desamparo y de la triste necesidad en que se encontraba de presenciar con frecuencia, en las prisiones de Mandavaca y Vasica, cómo se cometían impunemente los crímenes más abominables. Pocos años antes, en el segundo de dichos lugares, un alcalde indio se



comió a una de sus mujeres, después de sacarla de su conuco y alimentarla copiosamente para engordarla. Si las gentes de Guayana comen carne humana, no lo hacen nunca impelidos por las privaciones o por ritos supersticiosos, como los hombres de las islas del Pacífico, sino sólo por sed de venganza de los vencedores o, como dicen los misioneros, por «perversión del apetito». La victoria sobre una horda enemiga se celebra con un banquete en el que se come parte del carácter de un prisionero. Durante la noche es asaltada una familia indefensa, o muerto un enemigo con el cual se topa casualmente en la selva, disparándole una flecha envenenada. El cadáver es descuartizado y llevado a casa. Los salvajes detestan a todos los que no pertenecen a su familia o tribu, y los indios de un pueblo vecino con el que están en guerra, cazan a sus miembros como nosotros a los animales del bosque. Conocen sus deberes para con la familia y los parientes, pero no los de humanidad; ningún sentimiento de compasión les impide inmolar a las mujeres o a los niños de una tribu enemiga. Esos últimos constituyen un plato favorito después de un combate o de una emboscada.

El odio de los indios hacia casi todos los seres humanos que hablan una lengua distinta y son considerados como bárbaros de linaje inferior, vuelve a manifestarse con frecuencia en las misiones al cabo de mucho tiempo de haber estado dormitando en sus almas. Poco meses antes de nuestra llegada a Esmeralda, un indio nacido en la selva, detrás de Duida, marchaba en compañía de otro que, hecho prisionero por los españoles en el Ventuario, vivía pacíficamente en el pueblo o, como dicen aquí, «bajo la campana». Este último había de caminar despacio porque sufría de fiebres, como suele ocurrir a los indígenas que ingresan en las misiones y cambian súbitamente su modo de vida. Su compañero, encolerizado por aquella lentitud, le dio muerte y ocultó su cadáver en los espesos matorrales de las cercanías de Esmeralda. El crimen, como tantos otros cometidos entre los indios, no habría sido descubierto si, días más tarde, el homicida no hubiese propuesto celebrar una comida. Quiso persuadir a sus hijos, que habían nacido en la misión y eran cristianos, de que fueran a buscar con él unos pedazos del cadáver. No sin dificultar lo disuadieron los muchachos, y las riñas que provocó aquello en el seno de la familia, fueron causa de que el soldado de guarnición en Esmeralda se enterase de lo que tanto hubieran deseado ocultar los indios.

«No pueden ustedes imaginarse –nos dijo el anciano misionero de Mandavaca– de lo viciosa que es esta familia de indios. Admitís en el pueblo a individuos de una nueva tribu; parecen mansos, honestos, buenos trabajadores; les permitís efectuar una salida para la captar a nuevos salvajes, y os cuesta Dios y ayuda impedir que inmolen a cuantos caen en sus manos y oculten pedazos de los cadáveres». Venía en nuestra piragua un indio que había escapado del río Guaisia y en pocas semanas se había civilizado tanto, que por la noche nos prestaba buenos servicios disponiendo los instrumentos para las observaciones astronómicas. Parecía tan bondadoso como inteligente, y nos sentíamos dispuestos a tomarlo a nuestro servicio. ¡Cuál fue nuestra decepción cuando, al hablar con él a través del intérprete, oímos «que la carne de los monos manimoda, si bien era más negra, tenía el mismo sabor que la de la persona». Nos afirmó que «sus parientes –o sea, sus hermanos de tribu– comían de preferencia las palmas de las manos de las personas, así como de los osos». Y así diciendo, manifestaba con gestos su brutal apetito. Hicimos que preguntase a aquel hombre joven, tan pacífico por lo demás y tan apreciable por los buenos servicios que nos prestaba, si aún sentía deseos a veces de «comer carne de cheruvichahena», y replicó, con gran ingenuidad, que

en la misión comería sólo lo que viese comer a los Padres. De nada sirve dirigir reproches a los indígenas por tan abominable costumbre. A los ojos del indio del río Guaisia, el cheruvichahena es un ser distinto de él; matarlo no era una acción mucho más injusta que matar jaguares en la selva. Y el comer sólo lo que comían los Padres mientras estuviesen en la misión, era únicamente cuestión de conveniencias. Si los indígenas huyen para reunirse con los suyos o si los impulsa el hambre, no tardarán en volver a caer en el canibalismo.

Mientras los indios del Casiquiare recaen fácilmente en sus bárbaras costumbres, los que permanecen en las misiones revelan cierta inteligencia y disposición para el trabajo, y gran facilidad para expresarse en español.

Según nos dijeron, en el Bajo Orinoco, sobre todo en Angostura, son preferidos los indios del Casiquiare y del Río Negro a los habitantes de las demás misiones, por su inteligencia y su energía. Los de Mandavaca tienen fama, entre los pueblos de su raza, porque preparan un veneno de curare cuya eficacia en nada cede al del Esmeralda. Por desgracia, los indígenas se dedican más a esta industria que a la agricultura, pese a que el suelo es excelente en las riberas del Casiquiare.

La humedad del aire y, como consecuencia natural de ella, la cantidad de insectos, impiden, tanto aquí como en Río Negro, la implantación de nuevos cultivos. Por doquier se encuentran las gordas hormigas, que se mueven en apretadas columnas y devoran las plantas cultivadas con extrema avidez, porque son blandas y jugosas, mientras que en las selvas sólo hay vegetales de tallos leñosos. Si un misionero quiere plantar ensalada o cualquier otra hortaliza europea, tiene que «suspender su huerto en el aire», por así decirlo. Al efecto, llena de buena tierra vegetal una vieja canoa y la cuelga a 1,3 metros por encima del suelo, con cuerdas de chiquichi o –lo cual es más frecuente– la coloca sobre un ligero andamio.

**13 de mayo.** Durante la noche pude efectuar algunas buenas observaciones de estrellas, por desgracia las últimas en el Casiquiare.

Partimos de Mandavaca a las dos y media de la madrugada. Nos quedaban aún ocho días de lucha contra la corriente del Casiquiare, y el territorio que deberíamos atravesar hasta llegar de nuevo al San Fernando de Atabapo era tan desierto, que tardaríamos por lo menos 13 días en reunirnos otra vez con el misionero de Santa Bárbara.

**14 de mayo.** Los mosquitos, y más aún las hormigas, nos echaron de la orilla cuando no eran aún las dos de la noche. Hasta entonces habíamos creído que éstas no se encaramaban por las cuerdas de las hamacas; si lo hacían así o si se tiraban sobre nosotros desde las copas de los árboles, el caso es que nos dio no poco trabajo deshacernos de tan fastidiosos bichos. Cuando más avanzábamos, más iba estrechándose el río, y las orillas eran pantanosas, que Bonpland tuvo grandes dificultades para llegar al pie de una *Carolinea princeps* cubierta de grandes flores de color púrpura. Este árbol es el máximo adorno de estas selvas y las del Río Negro.

**Del 14 al 21 de mayo.** Pasamos las noches al raso, aunque no puedo citar los lugares en que acampamos. Esta región es tan salvaje y tan despoblada, que, excepto dos o tres ríos, los indios



no supieron dar nombre a ninguno de los puntos cuya situación geográfica establecí por medio de la brújula. Más arriba del lugar donde el Itinivi se separa del Casiquiare para tomar rumbo Oeste hacia las colinas graníticas de Daripabo, vimos la orilla pantanosa del río cubierta de cañas de bambú. Estas hierbas arborescentes alcanzan una altura de 6,5 metros, y su tallo se curva gradualmente hacia la punta. Es una especie nueva de *Bambusa*, de hojas muy anchas. Bonpland tuvo la buena fortuna de encontrar un ejemplar florido. *La Bambusa latifolia* parece ser propia de la cuenca del Alto Orinoco, el Casiquiare y el Amazonas.

Nuestro primer campamento aguas arriba de Vasiva estuvo pronto instalado. Dimos con una pequeña superficie seca y pelada al sur del Caño Curamuni, en un lugar en que unos monos capuchinos se columpiaban lentamente en las ramas de los árboles. Las cinco noches siguientes resultó cada vez más difícil la cosa, a medida que nos fuimos acercando a la bifurcación del Orinoco. La exuberancia de la vegetación aumentaba en un grado inimaginable, incluso para el que está familiarizado con el espectáculo de la selva tropical. No hay ya campo raso; una empalizada de árboles de espeso follaje constituye la orilla. Se extiende delante del viajero un canal de 390 metros de anchura, enmarcado por dos enormes muros de hojas y bejucos. Intentamos desembarcar repetidas veces, pero no hubo modo de poder hacerlo. Hacia el atardecer, seguimos de vez en cuando la orilla por espacio de una hora, con el único propósito de descubrir un lugar menos invadido, donde los indios, armados de hachas, pudieran disponer un espacio lo bastante grande en el que instalar un campamento capaz para 12 ó 13 personas. En la piragua era imposible pasar la noche: los mosquitos, que nos atormentaban durante todo el día, se introducían, en enjambres, debajo del toldo, o sea, del tejadillo de las hojas de palmera que nos protegía contra la lluvia. Nunca habíamos tenido tan hinchadas las manos y la cara. En medio de la espesa selva, sólo con gran dificultad podíamos procurarnos leña, pues en estas tierras ecuatoriales las ramas son tan jugosas, que casi no hay medio de hacerlas arder. Donde no hay una orilla seca, tampoco se encuentra madera vieja, «cocida por el Sol», como dicen los indios. Por otra parte, necesitábamos el fuego sólo para protegernos de los animales de la selva; nuestra provisión de vituallas era demasiado pobre para que no pudiésemos prescindir del fuego.

Al atardecer del **18 de mayo** llegamos a un lugar donde la orilla está bordeada por árboles de cacao silvestre. La baya es pequeña y amarga; los aborígenes chupan la pulpa y tiran el grano, que los indios de las misiones recogen, para venderlo, a los que no son muy exigentes en la preparación de su chocolate, «Ahí está el Puerto del Cacao —dijo el piloto—; aquí pernoctan los Padres cuando se dirigen a Esmeralda a comprar cerbatanas y juvia, las sabrosas nueces de la *Bertholletia*».

En realidad, en todo el año no son ni cinco las piraguas que surcan el Casiquiare, y desde Maypures, o sea, desde hacía un mes, no habíamos encontrado un alma en los ríos, excepto en las proximidades inmediatas de las misiones. Pasamos la noche al sur del Lago de Duractumini, en un bosque de palmeras. Llovía a torrentes, pero los *pothos*, los *arum* y las lianas formaban una cortina natural tan tupida, que bajo ella encontramos un refugio tan eficaz como el que brindan los árboles de espeso follaje. Los indios, instalados en la orilla, habían entretejido heliconias y musáceas, formando así una especie de toldo con que cubrir sus hamacas. Nuestras hogueras iluminaban las palmeras hasta

una altura de 16 a 20 metros, los bejucos floridos y las blancas columnas de humo que se elevaban verticalmente hacia el cielo; un espectáculo espléndido, aunque para gozar de él con tranquilidad habría sido necesario respirar una atmósfera no invadida por los insectos.

De todos los sufrimientos corporales, los que más deprimen son aquellos que persisten sin variación, y contra los cuales no hay más remedio que la paciencia. Probablemente, las emanaciones de las selvas del Casiquiare fueron para Bonpland el germen de una grave enfermedad que por poco se lo lleva a nuestra llegada a Angostura. Afortunadamente, sospechó tan poco como yo mismo el peligro que lo amenazaba. La visión del río y el zumbido de los mosquitos se nos presentaba siempre como una cosa uniforme; pero nuestro natural buen humor no se quebrantó del todo, y nos ayudó a lo largo de la prolongada odisea. Observamos que el hambre se calmaba durante algunas horas mascando un poco de cacao seco y triturado, sin azúcar. Las hormigas y los mosquitos nos molestaron más que la humedad y la escasez de alimentación. Aunque también en nuestras correrías por las cordilleras sufrimos grandes privaciones, siempre el viaje fluvial desde Mandavaca a Esmeralda nos ha parecido el período más penoso de nuestra estancia en América.

Nos llamó la atención lo mucho que las bruscas avenidas del Casiquiare socavan las laderas de sus dos orillas. Árboles arrancados de raíz forman balsas naturales; clavados en el légamo, pueden ser muy peligrosos para las embarcaciones. Quien tuviera la desgracia de zozobrar en aquellos parajes desiertos, desaparecería sin que ningún huella del naufragio revelara dónde y cómo había sucumbido.

**La noche del 20 de mayo**, la última de nuestro viaje por el Casiquiare, la pasamos en el lugar donde se bifurca el Orinoco. Abrigábamos cierta esperanza de poder efectuar una observación astronómica, pues a través de la neblina que velaba el cielo brillaban las estrellas fugaces de extraordinario tamaño. Los indios llamaban a las estrellas fugaces la *orina de las estrellas*, y su *saliva*, al rocío. Pero las nubes se hicieron más densas, y dejamos de ver los meteoros y las auténticas estrellas, cuya aparición esperábamos con tanta impaciencia desde hacía algunos días.

Nos habían dicho que en Esmeralda encontraríamos los insectos «aún más crueles y voraces» que en aquel brazo del Orinoco que estábamos remontando; no obstante esta perspectiva, nos animaba la esperanza de poder dormir por fin en un lugar habitado y hacer ejercicio dedicándonos a la herborización. En nuestro último campamento en el Casiquiare tuvimos un disgusto. Nos habíamos instalado al borde de la selva. A medianoche nos avisaron los indios que se oían muy cercanos los rugidos del jaguar, y que parecían venir de la copa de los árboles próximos. Los bosques son aquí tan espesos, que casi no hay en ellos más animales que los que saben trepar a los árboles. Como nuestras hogueras daban mucho resplandor y la larga costumbre nos había enseñado a despreciar ciertos peligros, no nos preocupamos gran cosa del concierto de las fieras. El olor y la voz de nuestro perro habría atraído a una de ellas. El can, un corpulento mastín, estuvo ladrando al principio; pero al acercarse el tigre, empezó a aullar y se refugió debajo de nuestras hamacas, como buscando la protección del hombre. Las noches pasadas a orillas del río Apure nos había



acostumbrado a ver aquellas alternativas de valentía y temor en el animal, que era joven, manso y cariñoso. Grande fue nuestra pesadumbre cuando, por la mañana, al disponernos a embarcar, los indios nos comunicaron que el perro había desaparecido; no cabía duda que los jaguares habían acabado con él. Quizás, al no oír ya sus rugidos, se había alejado demasiado del fuego en dirección a la orilla, y profundamente dormidos, no habíamos oído los gemidos del can. Tanto en el Orinoco como en el Magdalena, se nos aseguró repetidamente que los jaguares viejos son tan astutos, que van a buscar a sus presas en el centro mismo de los campamentos, y les retuercen el cuello para que no puedan gritar. Aguardamos largo rato, con la esperanza que el perro se hubiera extraviado. Tres días más tarde volvimos al mismo lugar, y también oímos rugir a los jaguares, pues estas fieras tienen predilección por determinados parajes; pero todas las pesquisas fueron inútiles. El perro, que había sido nuestro compañero desde Caracas y muchas veces había escapado a nado de las fauces de los caimanes, acabó despedazado en la selva.

*El 13 de mayo*, a 13,5 kilómetros aguas abajo de la misión de Esperanza, entramos nuevamente en el lecho del Orinoco. Hacía un mes que habíamos abandonado este río, en la desembocadura del Guaviare. Nos quedaban aún 1390 kilómetros hasta Angostura; pero el camino era en sentido descendente, y este pensamiento hacía más soportables nuestras penalidades. Cuando se navega por los grandes ríos siguiendo la corriente, se avanza por el centro del cauce, donde hay pocos mosquitos; en cambio, si se hace en dirección contraria, es necesario, para utilizar los remolinos y las contracorrientes, mantenerse cerca de la orilla, invadida por mosquitos a causa de la proximidad de la selva y de los restos orgánicos acumulados en la ribera. El punto donde se produce la famosa bifurcación del Orinoco, ofrece un espectáculo de rara grandeza. En la orilla Norte se elevan montañas de granito, de las cuales se distinguen, a lo lejos, el Maraguaca y el Duida. En la margen izquierda, al oeste y sur de la bifurcación, no hay montañas hasta la confluencia del Tamatama. En el lugar donde el Orinoco no está ya rodeado de montañas por el Sur y alcanza la abertura del valle o, por mejor decirlo, de la depresión que se prolonga hasta el Río Negro, se divide en dos ramas. La principal, el río Paraguá de los indios, prosigue su curso contorneando la cordillera de Parima, mientras el brazo que establece la comunicación con el Amazonas, corre a través de llanuras que, en general, se inclinan hacia el Sur.